

—¿Y no tenía valores, títulos, acciones?...

—No, señor; los tenía en el Banco, adonde probablemente hubiera llevado el dinero á estas horas si no la hubiese ocurrido esta desgracia.

—¿Poseía alhajas?

—Ninguna, porque consideraba que era tener valores improductivos.

Estos últimos datos parecieron contrariar al Juez: sin duda que las averiguaciones se hacían cada vez más difíciles. Los ladrones, tarde ó temprano, procuran vender los efectos públicos ó las alhajas que roban; pero en aquel crimen no se habían robado sino billetes, y esto era una clase de cuerpo de delito de los que no comprometen.

Una vez terminado el interrogatorio de Julia, ordenó, por si acaso, una minuciosa requisa; sin disputa los asesinos, conocedores de los hábitos y costumbres de su víctima, se habían llevado el millón ochocientos mil francos á primera hora.

Mientras todas estas cosas ocurrían, el doctor du Chatel había regresado con sus dos hijos; dejólos en el salón, y se dirigió al dormitorio, que Armando no había abandonado.

—Vaya, aquí están tus amigos; ven á recibirlos,—dijo al niño.

Después de algunos momentos de vacilación, Armando le siguió; y viendo á la niña y al niño

del Doctor que le tendían los brazos, corrió á abrazarlos. La niñez reclamaba sus derechos; pero, cuando algunos instantes después, deseosos de distraerle, le propusieron jugar, Armando se separó de ellos y fué á refugiarse nuevamente junto al lecho de su madre.

Sin embargo, volvió cargado de juguetes; mas fué para dejarlos en el suelo, y decir con triste entonación á sus amiguitos:

—Para vosotros: os los regalo. Yo ya no necesito juguetes. Ya no jugaré más, porque no tengo madre. Los niños huérfanos no juegan nunca.

Y abrazándoles de nuevo, se volvió al dormitorio con andar reposado.

X.

Poco después el Comisario de policía se presentó en las oficinas de la agencia de colocaciones que le habían indicado, y la cual, por hallarse en su distrito, estaba bajo su jurisdicción.

—¿Esperabais mi visita?—dijo al entrar, dirigiéndose al director de la agencia.

—No, señor Comisario. Ignoro á qué debo ese honor.

—¿No sabéis que se ha cometido esta mañana un crimen en el boulevard Haussmann?

—Es la primera noticia que tengo.

—Sin embargo, el hecho es bastante comentado, y en todo el barrio no se habla de otra cosa.... ¿No sabéis tampoco quién es una señora llamada Le Forestier, que habita en dicho boulevard?

—Sí, señor: ya lo creo que la conozco. Es una de mis mejores parroquianas.

—Pues si tratáis de tal modo á vuestros buenos parroquianos, no sé cómo trataréis á los malos.

—¿De qué manera los trató? Pues yo, ¿qué he hecho?—preguntó el director con voz turbada.

—Habéis enviado como criado de confianza á la señora Le Forestier á un ladrón y asesino.

—¡Yo! ¡Yo! Eso es imposible.

—¿No habéis colocado la semana pasada en su casa á uno llamado Antonio?

—Antonio.... Antonio.... Sí, ya recuerdo....

¿Y bien, señor?

—Pues bien: ese Antonio acaba de matar á vuestra buena parroquiana, después de robarla.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Pero es cierto lo que me decís?

—No os quepa la menor duda.... Os halláis comprometido.

—Pero, señor, yo no tengo culpa alguna. Á

mí vienen á pedirme criados, y yo envío á los que se presentan en mi casa.

—¿Sin tomar antecedentes de ellos?

—Eso corresponde á los parroquianos.

—No me parece mal. ¡Y os atrevéis á llamar á vuestra agencia una casa de confianza! ¿Sabéis, al menos, la procedencia de ese Antonio? ¿No tenía apellido?

—Sí, señor. Yo se los exijo á todos.

—¡Eso es todo lo que hacéis! ¿Cuáles son sus apellidos?

Después de consultar su registro, el director de la agencia contestó:

—Antonio Guiraud.... Está sentado. Podéis verlo, señor Comisario. El registro está en regla.

—El registro no lo dudo.... ¿Y de dónde había venido ese Antonio?

—De Orleans, su país.

—¿No había servido nunca en París?

—No, señor; pero, según dijo, en provincias había servido en buenas casas.

—¿Y satisfecho con lo dicho por él, le habéis colocado en la casa de la señora Le Forestier el mismo día en que se presentó aquí?

—No, señor. Tuvo que esperar más de una semana.

—¿Dónde tenía su domicilio durante ese tiempo?

—En la calle de Provence, número.... hotel....

—¿Después de haberle colocado, lo visteis?

—No, señor.

—¿Cuando se presentó en vuestra agencia venía solo?

—Sí, señor Comisario.

—¿No lo habéis visto acompañado de alguien?

—De nadie.

—No creo tendréis inconveniente en facilitarme algunos antecedentes. Si ayudáis á la justicia á encontrarlo, vuestra situación no será tan comprometida.

—¡Ay, señor! ¡si no sé nada! Únicamente recuerdo que era muy amable y muy fino.

—Y muy generoso también, cuando le colocasteis en la casa de vuestra mejor parroquiana.... Porque él desde luego tenía la idea de entrar en casa de la señora Le Forestier....

—Seguramente, señor Comisario.... Porque ahora recuerdo que él mismo vino á avisarme que el criado que tenía la señora pensaba despedirse.

—No me cabía duda (dijo el Comisario de policía, al mismo tiempo que se dirigía hacia la puerta); gracias á este dato, la premeditación queda probada.... Preparaos para comparecer pronto, quizá mañana mismo, ante el juzgado de instrucción.

Dichas estas palabras, se retiró el Comisario,

dejando al director de la agencia de colocaciones muy asustado.

En el hotel de la calle de Provence, adonde el Comisario se dirigió luego, se sabía que en el boulevard Haussmann se había cometido un crimen, pero no se calculaba que pudiera ser el autor uno de los huéspedes del establecimiento.

—¿Un tal Antonio Guiraud ha vivido en vuestra casa?— preguntó el Comisario al dueño del hotel.

—Sí, señor; pero habéis llegado demasiado tarde si necesitáis hablarle.... Esta mañana se ha marchado.

—¿Cómo esta mañana! ¿Él seguía habitando aquí á pesar de estar colocado?

—Sí, señor; por más que venía con bastante irregularidad, seguía conservando su cuarto número catorce. Esta mañana vino, recogió la maleta, y se dirigió á la estación del ferrocarril.

—¿Á qué hora?

—Á las siete próximamente.... Todavía no me había levantado, cuando uno de los criados me vino á decir que el huésped del número catorce pedía su cuenta.

—¿Entregasteis vos mismo á vuestro huésped la cuenta?

—Sí, señor:

—¿Notasteis si estaba intranquilo, agitado?

—¿Por qué me preguntáis eso?....

—Tengo interés en saberlo.... Soy Comisario de policía.

—Dispensadme, señor...., pero no tenía el gusto de conoceros.

—No pertenezco á este distrito. Además, no trato de haceros un interrogatorio; únicamente deseo algunas noticias, que espero no tendréis inconveniente en darme.

—Pues bien, señor: cuando le hablé, me pareció que estaba inquieto y agitado. Mientras bajaban su maleta, miraba hacia la calle como con cierto temor. Se hubiera creído que temía ver llegar á alguien. Estaba tan asustado, que en el momento de partir, sin duda para reponerse, me pidió le diera una copa.

—Después de bajar la maleta, ¿qué hizo?

—Se subió en un carruaje de alquiler que pasaba en aquel momento, y oí que dijo al cochero: «Estación de Orleans».

—¿Á la estación de Orleans! ¿Estáis seguro?

—Segurísimo, señor.

—Tened la bondad de decirme cómo era la maleta.

—De cuero amarillo, bastante usada, y con dos cerraduras cubiertas.

—¿No tenía iniciales ó nombre alguno?

—No me fijé, pero creo que no lo tuviera.

—Mientras habitó en vuestra casa Antonio Guiraud, ¿vinieron á buscarlo alguna vez?

—Una, señor Comisario.

—¿Cuándo?

—Antes de ayer, á la caída de la tarde, cuando ya obscurecía, me preguntaron por él.

—¿Quién?

—Un hombre como de unos treinta años, alto como él, robusto y rubio.

—¿Con traje de criado?

—De criado sin librea, pero de buena casa.

—Conforme en un todo con las señas dadas por la criada y la portera (se dijo el Comisario). Es el mismo hombre: antes de ayer vino para quedar convenidos en la hora en que ayer debía penetrar en la casa y cometer el crimen.

—¿No notasteis nada de particular en la fisonomía del visitante de quien me habláis?

—¡Oh! Sí, señor. Tenía unos ojos que producían un efecto extraordinario.... Parecía que brillaban como los de los gatos en la obscuridad.... Pero en aquel momento el criado encendió el mechero del gas, y ya los ojos de aquel hombre no producían el mismo efecto. Al encenderse la luz, dejaron de brillar.

Gracias á esta explicación, el Comisario de policía comenzó á comprender los diferentes efectos producidos por el asesino, en la portera que le había visto en plena luz, y en el niño á quien se le había presentado en la obscuridad de la alcoba.

—¿Vuestro huésped y su visitante estuvieron

mucho tiempo juntos?—preguntó el magistrado, después de reflexionar algún tiempo.

—Una media hora próximamente.

—¿Habéis subido á la habitación de Antonio Guiraud, después que se hubo marchado?

—Sí, señor Comisario; he subido.

—¿Y no se ha dejado olvidado nada?

—Nada.

—¿Estáis seguro?

—Sí, señor; lo he mirado todo. Temía, no que se hubiera dejado olvidada alguna cosa, sino que se hubiera podido llevar algún objeto. Tenía un aspecto algo sospechoso.

—Os aconsejo cerréis su cuarto con llave. No obstante vuestra declaración, la justicia ordenará seguramente algún reconocimiento.

—¡Ah! Ya me lo temía yo; ese hombre me traerá perjuicios.

—¡Puede ser! Hasta la vuelta.

El Comisario de policía se dirigió sin titubear á la estación del camino de hierro de Orleans. ¿No desempeñaba en aquel momento las funciones de jefe de seguridad, y no debía obrar como aquél hubiera obrado seguramente?

En la estación, adonde llegó á las once próximamente, se dirigió á varios empleados para preguntarles si no se habían fijado, por la mañana, en un viajero, del cual daba las señas, así como de una maleta que debía llevar.

Dos empleados, encargados de facturar los equipajes, creían haberlo visto. Dijeron que había llegado en carruaje unos cinco minutos antes de la salida del tren de las siete y cuarenta y cinco minutos.

—Se dirigió de prisa al despacho, á fin de sacar su billete, y después se unió á nosotros.

—¿Para qué estación facturó su equipaje?

—Para la de Orleans, señor (contestó uno de los empleados). Lo recuerdo perfectamente, porque sin mí no hubiera podido marcharse. El despacho estaba ya cerrado.

El empleado encargado de facturar los equipajes consultó su registro á petición del magistrado; y, en efecto, la última inscripción hecha para dicho tren, con el número treinta y tres, indicaba un viajero con equipaje destinado á Orleans.

Antonio Guiraud, ¿había de ser tan majadero que se hubiera vuelto á Orleans sin tomar algunas precauciones? Todo inducía á creerlo; y, además, la policía está acostumbrada á ver con frecuencia cometer faltas y torpezas de índole semejante á muchos criminales. Manifiestan gran habilidad para perpetrar los crímenes, y después, cuando llega el momento de escapar, están hechos unos verdaderos tontos. Por lo tanto, el Comisario de policía creyó prudente seguir la pista al presunto reo. Como algún otro negocio de importancia podía presentarse en la Co-

misaría, de la cual no se atrevía á permanecer alejado por mucho tiempo, ordenó á su secretario, un inspector especial de policía que no se había separado de él en toda la mañana, que saliera para Orleans.

—Salid en el primer tren de las once y cuarenta minutos (le dijo, al mismo tiempo que le entregaba algún dinero), y procurad hallar á ese sujeto. Enviaré un telegrama, dando cuenta de vuestra salida de París, al prefecto del Loiret, el cual os prestará cuantos auxilios le reclaméis.

Dadas estas órdenes, el señor X... se volvió al boulevard Haussmann, dió parte de sus diligencias al Juez de instrucción, y regresó á su despacho. Después del mediodía recibió noticias de que el presunto asesino de la señora Le Forestier acababa de ser detenido en Orleans. Al mismo tiempo recibió una nota, en la que se le decía que no se molestara en continuar sus investigaciones, porque el Jefe de seguridad se hallaba de vuelta en París, y, puesto al corriente de todo, se encargaría del asunto.

XI.

El primer cuidado del inspector Merlin, tan luego como llegó á Orleans, próximamente á las

cuatro de la tarde, fué dirigir á los empleados de la estación la misma pregunta que su jefe había hecho por la mañana en París.

Supo esta segunda vez, como lo había sabido la primera, que la maleta, cuyas señas daba, tenía, en efecto, el número 33 y había sido colocada de las primeras en los mostradores desde donde son entregados los equipajes á sus dueños.

—¡Diablo! (se dijo Merlin): ¿y si no vinieran á buscarla, qué hacer entonces? ¿Hacer nuevas investigaciones y ponerme á buscarlo por Orleans ó por otra parte cualquiera? ¿Y si entre tanto viniera á recoger la maleta? ¡Dejaría escapar la mejor ocasión para poderlo prender!

Este último temor, ó tal vez la pereza ó cansancio de su oficio, porque el inspector era ya viejo, y desde hacia tiempo prefería el trabajo tranquilo de las oficinas al de las calles y caminos, decidieron á Merlin á quedarse de centinela en la estación, situándose en la sala inmediata al depósito de equipajes.

No tuvo por qué arrepentirse; bien pronto un hombre joven, alto, robusto, rubio, como todo el mundo designaba á Antonio Guiraud, llegó á la estación, se dirigió al depósito de equipajes, presentó su billete, le entregaron una maleta grande de cuero amarillo, señalada con el número 33, la cargó sobre sus espaldas, y se dispuso á salir.

—Pero apenas había dado algunos pasos, cuando una voz gritó:

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Era Merlin, que gritaba al mismo tiempo que corría á detener al hombre de la maleta.

Llegado el momento, se despertaron sus aficiones de veterano de la policía, de cazador de hombres, y se precipitó sin reflexionar sobre la presa. ¿Por qué gritaba «¡al ladrón!», cuando podía gritar «¡al asesino!» Si el robo de la maleta se cometía en Orleans, los agentes de aquella población estaban obligados á intervenir. La acusación de asesino lanzada por un desconocido, si los telegramas ofrecidos no habían llegado todavía, no hubiera producido el mismo efecto. La policía de provincias es más espantadiza y menos servicial que la de París. No le gusta que nadie vaya á meterse en su terreno, y se acobarda ante ciertas medidas. Un agente de seguridad no era ninguna autoridad fuera de su departamento del Sena. Esta especie de rivalidad es digna de verdadera censura, porque en más de una ocasión ha sido causa de que algún criminal haya conseguido escaparse. Á los gritos dados por Merlin acudieron algunos empleados de la estación, varios viajeros y los conductores de los ómnibus.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?—preguntaban por todas partes.

—Hay (respondió con el mayor aplomo el inspector en comisión) que ese hombre me ha robado esta mañana mi maleta en la estación de París.... Me han dado sus señas, me han dicho que había salido para Orleans, le he seguido, acabo de encontrarlo, y no pienso dejarle escapar.

—¡Eso es falso! ¡Eso es falso! (gritaba el otro, defendiéndose.) ¡Miente! Esta maleta es mía.

De pronto se le ocurrió una idea; y dirigiéndose á los que le rodeaban, dijo:

—Voy á probaros que lo que yo digo es cierto. Tengo las llaves en el bolsillo. Aquí las tenéis.

—¿Y es eso una prueba? (dijo Merlin sin desconcertarse.) Había puesto mi maleta sobre un banco para sacar de ella un objeto que me era necesario, cuando vi á un antiguo amigo, le detuve, me puse á hablar con él, y mientras tanto, ese miserable ha cargado con todo, con la maleta y con las llaves.

—Pero á mí se me conoce aquí, señor mío; yo soy de este país (replicó el acusado), y en cambio á vos no os conoce nadie.

—¡Vive Dios! Pues yo vivo en París, donde me encontrara todavía si no me hubierais robado tan villanamente. Poco me importa, pues tendréis que abonarme hasta los gastos de viaje.... Vamos, menos palabras, y á casa del Comisario.

—Tiene razón, tiene razón,—exclamaron varias voces entre la multitud.

Entonces se pudo ver que el rostro del acusado palideció; quiso resistir, pero fué arrastrado por la fuerza. La emoción que parecía experimentar daba la razón á su acusador, cuya seguridad y sangre fría había conquistado á los espectadores.

Una vez en la comisaría, Merlin conoció que no había necesidad de llevar adelante la comedia.

El Comisario de policía, que había ejercido ya muchas veces el cargo de inspector en algunos barrios de París, después de haber mirado atentamente á Merlin, le llamó aparte, y le dijo en voz baja:

—¿No sois vos el agente cuya venida se nos ha anunciado?

—¡Ah! ¿Conque se ha recibido el telegrama? Sí, señor; yo soy. Aquí tengo documentos que bastan para identificar mi personalidad. ¿Queréis verlos?

—Es inútil, puesto que os conozco.... Se os ha encargado reuniros en Orleans con un hombre que se sospecha sea el autor del crimen cometido anoche en el boulevard Haussmann.

—En efecto, señor Comisario.

—¿Y vos creéis que?....

El agente señaló con un gesto el individuo que acababa de acercárseles distraídamente.

—Estoy cierto, señor Comisario. Todos los indicios que he recogido desde esta mañana lo dan á entender.... Me he visto precisado á acusarle de haberme robado la maleta, á fin de poder traerle á vuestra presencia, sin que sospechase el verdadero motivo de su venida. Estaba temiendo que se me escapara.

—Muy bien; voy á interrogarle.

—Con vuestro permiso, y mientras le preguntáis, voy á enviar telegramas á París, puesto que así me lo ha recomendado eficazmente vuestro colega y mi superior.

—Como queráis,—contestó el Comisario.

Los despachos dirigidos por Merlin dando cuenta de la detención del presunto criminal llegaron á París en el momento en que el Jefe de seguridad regresaba. Por lo tanto, éste resolvió partir para Orleans. El asesinato de la señora Le Forestier había producido verdadera sensación; así que, con objeto de dedicarse por completo á este negocio, había dejado á otro en su puesto. El expreso de las siete lo condujo en dos horas y algunos minutos á Orleans. Inmediatamente se dirigió á casa del Procurador imperial, á quien estaba obligado á presentarse primero.

—¡Cómo! ¿Habéis venido, no obstante mi despacho?—le dijo, apenas lo hubo visto el magistrado.

—¿Qué despacho, señor?

—El que he enviado al departamento del Sena; sin duda cuando llegó habíais salido ya.

—¿Y tenéis la bondad de decirme lo que decía ese despacho?

—Que el agente que habéis enviado esta mañana de París es un insigne majadero.... El hombre arrestado á sus instancias es un honrado vecino de Orleans.... Ha ido antes de ayer á París con objeto de ver á su mujer que estaba enferma. Esta mañana ha vuelto en el tren de las siete y cuarenta y cinco minutos, el cual estuvo á punto de perder.... Si no se llevó inmediatamente su maleta, fué porque vive en un barrio de Orleans, y antes de ir á su casa quiso hacer una visita á unos parientes que viven cerca de la estación. He hecho yo mismo indagaciones, y respondo de ese hombre.... La policía de París equivoca pronto el camino.

—Yo no soy responsable, señor Procurador imperial (contestó el jefe de policía). El agente á que os referís no ha sido enviado por mí, ni tampoco está á mis órdenes.... Se ha engañado seguramente....; pero respecto al viajero, no en cuanto á la población.... Antes de salir de París he estudiado detenidamente esta cuestión, y tengo la seguridad que el criado de la señora Le Forestier, uno de sus asesinos, se ha dirigido esta mañana á la estación de Orleans. Mis agentes, cuya habilidad es indiscutible, han encontra-

do al cochero que lo condujo esta mañana con la maleta á la estación, donde llegó, no en el momento de partir el tren, sino á las siete y veinticinco minutos; es decir, con veinte minutos de anticipación.... Ya veis, señor, que hay solamente error de personas.

—¿Luego (añadió el Procurador imperial) el asesino está aquí?

—Yo no digo tanto : lo que sí digo es que su maleta debe estar.

—¿Por qué? Hay muchas estaciones en la línea.... Puede haberse detenido en el camino.

—El cochero le ha oído decir á los empleados que facturasen su equipaje para Orleans.

—Eso sólo prueba que lo ha hecho facturar. Puede haberlo abandonado.

—Para eso lo hubiera dejado en París. Mientras yo esperaba el tren, se le ha buscado por orden mía en todas partes. Pero trabajo inútil.

—¿Y qué deducís?

—Que ha tomado su billete, ha hecho facturar su maleta....

—¿Y ha partido?

—No; que su maleta ha partido con él ó sin él, y que la encontraréis en el depósito de equipajes, si queréis ordenar que se busque y se os entregue.

—¿Estoy yo autorizado para proceder á tales operaciones?

—Sí, señor. Yo os autorizo para ello.

—¿No pueden dejarse estas pesquisas para mañana?

—Tengo un gran interés en regresar esta noche á París.

—Sea, pues. Vamos.

Algunos instantes después, el jefe de la estación, prevenido de la llegada del Procurador imperial, se apresuró á ponerse á sus órdenes y á introducirlo como deseaba en la sala que servía de depósito á los equipajes no reclamados.

—Se trata (dijo el Jefe de seguridad) de una maleta voluminosa, bastante usada, de cuero amarillo y con dos cerraduras.

—Aquí está,—dijo en seguida uno de los empleados, llevando una maleta en un todo conforme con la descripción que acababa de hacer el Jefe de seguridad.

—Esta es,—dijo con cierta sonrisa, dando á entender que no se había equivocado.

—¿Hace mucho tiempo que está aquí esta maleta,—preguntó el Procurador imperial.

—Desde esta mañana (contestó el empleado). Ha venido en el tren número 5.

—El expreso partió de París á las siete y cuarenta y cinco, y llegó á Orleans á las nueve y cuarenta y nueve,—creyó deber añadir el jefe de la estación.

—¿Y nadie había venido á reclamarla durante el día?

—Nadie,—respondieron los empleados.

Entonces el Procurador imperial, con arreglo al artículo 35 del Código de instrucción criminal, declaró que se incautaba de aquella maleta para hacer el registro de los objetos que contuviese, y ordenó que se abriera en su presencia. Como no tenía llaves, fué preciso descerrajarla. La maleta sólo contenía un traje, que fué colocado sobre una mesa.

El jefe de policía, después de haberlo examinado, dijo:

—Este es el traje que llevaba Antonio Guiraud en el momento de cometer el asesinato. Una chaqueta, un chaleco de librea, un pantalón, unas alpargatas para no hacer ruido, y una camisa de algodón. Salió con este traje para volver á la calle de Provence, donde cambió de vestido. La maleta contenía sin duda otra ropa, la cual debió ponerse en sustitución de ésta.

—¿Con qué objeto (observó el Procurador imperial) ha llevado la maleta á la estación de Orleans, y la ha enviado aquí?

—Para hacernos perder la pista y ganar tiempo. Y, en efecto, lo ha conseguido, pues estoy aquí, cuando debiera estar en París, de donde seguramente no ha salido.

Mientras decía esto, no dejaba de examinar la ropa, que continuaba sobre la mesa.

—¡Mirad, mirad! (dijo de pronto): no me había engañado. La chaqueta tiene manchas de sangre.... ¿Las veis, señor Procurador imperial?

—Sí, las veo, en efecto.... Pero ¿de dónde vendrá esa sangre? ¿No me decíais cuando veníamos que, según todos los indicios, la señora Le Forestier había muerto asfixiada?

—Sin duda; todo lo hace creer así.... Pero si la sangre no es de esa desgraciada, será del otro asesino, herido en la mano por una mordedura de su víctima, según declaración de los médicos. Una lucha, de la cual ha sido testigo el hijo de la señora Le Forestier, se trabó entre los dos cómplices, y la mano del herido, al rozarse en la chaqueta, la ha manchado.

Terminadas estas investigaciones, el Jefe de seguridad regresó á París en el tren de la una de la madrugada.

XII.

Á la mañana siguiente, á su vuelta del depósito, siguiendo su habitual costumbre de pasar la visita de inspección á los detenidos el día antes, y de disponer lo conveniente respecto á

éstos, después de despachar su correspondencia y distribuir el trabajo del día entre los inspectores, el Jefe de seguridad se dirigió al departamento de los jueces de instrucción en el Palacio de Justicia, y preguntó por el señor X...., encargado del crimen del boulevard Haussmann. No tardó en ser recibido.

—Os esperaba (le dijo el Juez, señalándole un asiento). Estoy al corriente, merced á las notas que me habéis enviado esta noche, de las peripecias de vuestro viaje á Orleans.... Convento en que ese viaje no ha sido inútil. El descubrimiento é incautación de la maleta son sin duda importantes; pero reconoceréis conmigo, que estamos aún lejos del resultado que deseamos.

—Opino de igual modo,—dijo el Jefe de seguridad.

—Conocemos perfectamente (replicó el señor X....) cuál ha sido el móvil del crimen y de qué manera se ha cometido. Tenemos la filiación de los culpables, pero ignoramos por completo quiénes son, cuál es su procedencia y dónde se ocultan. ¿No es eso?

—Justamente.

—¿Habéis ordenado las investigaciones necesarias?

—Sí, las de costumbre, las reglamentarias, por decirlo así; las que se hacen siempre en los